

René Avilés Fabila, novelista

Ignacio Trejo Fuentes

Un escritor se caracteriza por el descubrimiento de un universo propio, tal es el caso de René Avilés Fabila autor de Los juegos, La canción de Odette, Tantadel, Réquiem por un suicida y El reino vencido. El crítico Ignacio Trejo Fuentes explora este universo novelesco.

René Avilés Fabila (DF, 1940) es autor de una copiosa obra narrativa: cuento, novela, memorias y textos que oscilan entre la viñeta y la fábula, la minificción y el relato fantástico. En el prólogo a *Casa del silencio*¹ me ocupé de su producción cuentística, y lo haré aquí de sus novelas.

En el introito a la edición de 2001 de su novela *Los juegos*² Avilés Fabila cuenta que el importante editor Rafael JiménezSiles le pidió un libro, y que al escuchar la lectura de las cincuenta primeras cuartillas se entusiasmó y dijo que las publicaría en cuanto estuviese concluido. Sin embargo, al tener el manuscrito definitivo se asustó y alegó que publicarla sería algo como la sentencia de muerte suya y del escritor. ¿Qué *apanicó* al editor? Ni más ni menos el hecho de que en la novela se caricaturizaba al grupo de intelectuales conocido como La Mafia: escrito-

res, pintores, dueños de galerías, editores y directivos de revistas y suplementos..., que en la década de los años sesenta tenían el control de los principales espacios culturales, públicos y / o privados. RAF acudió con don Joaquín Díez-Canedo, editor que solía impulsar a los jóvenes, quien le propuso, mejor, quemar la obra. Todas las editoriales se negaron a publicarla, aduciendo lo esperado: el temor a irritar, a sobresaltar a aquellos poderosos.

Ignoro si en verdad el poder de La Mafia era tanto como se dice, pero una notable cantidad de artistas asegura que si no se estaba con sus integrantes no se era nadie en el medio cultural de México: vaya, hacían honor a su epíteto. El caso es que Avilés Fabila determinó hacer una edición de autor vendida previamente a sus amigos, y se agotó en unas semanas. La reacción de los críticos fue la previsible: salvo por un par de excepciones, los demás despedazaron la novela: ¿cómo podía ese jovencito desconocido atreverse a *balconear* a personajes y situaciones casi sagrados?

El autor hace que los principales protagonistas se reúnan en una pomposa fiesta, donde se bebe y sobre todo se conversa, o mejor, se monologa: los cuatro o

¹ René Avilés Fabila, *Casa del silencio*, (serie Confabuladores), UNAM, México, 2001.

² Las seis novelas del autor y los dos volúmenes de *Recordanzas* pueden encontrarse en sus *Obras completas*, que la Editorial Nueva Imagen ha puesto en circulación desde 2001.

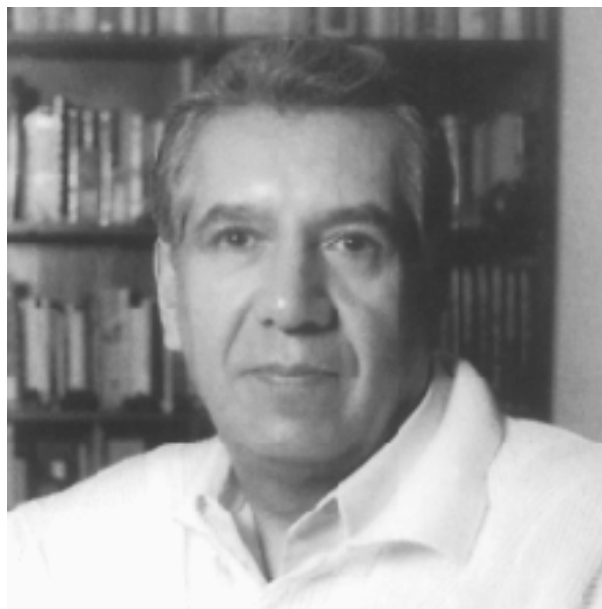
cinco cabecillas de La Mafia están rodeados de gente que los escucha arrobada, celebra cada una de sus frases, de sus ideas, y aplaude. Está el famosísimo pintor, el mismo que se atrevió a oponerse a los muralistas de nacionalismo recalcitrante; el novelista exitoso en México y en el extranjero; el omnipoderoso crítico; el editor que decide casi unilateralmente quién publica y quién no; quienes otorgan becas... Es, en efecto, una auténtica feria de vanidades. Pero alguien que no pertenece a la cofradía y tiene, al contrario, ideas muy distintas, observa y hace apuntes mentales que habría de reunir en una novela. Se da cuenta de que una aspirante a escritora se desnuda, que un novelista homosexual seduce chicos, que varios de los asistentes pretenden obtener la beca del Centro de Escritores, o publicar en la *Revista de la Universidad* o en *Novedades* o en *Siempre!* o en *Exélsior*. Se trata de estar cerca de los poderosos. Paralelamente se da noticia de las conferencias de algunos de ellos, de sus filias o fobias ante la revolución cubana, de sus coqueteos interminables con los políticos y empresarios principales. Y claro, de sus actos de alcoba, de sus infidelidades, de sus torceduras amorosas. El resultado es un coctel donde la parodia y el sarcasmo y la ridiculización son las herramientas sustanciales del que escribe. Y aunque no se dan los nombres de los mafiosos, es fácil colegir sus identidades. Sólo se menciona con todas sus letras a las figuras que parecen estar más allá del bien y del mal, prohombres auténticos a quienes los grupos les tienen sin cuidado. *Los juegos* es ante todo una novela llena de humor, y si hemos de creer en que el mundo que describe era de ese modo, puede leerse al mismo tiempo como un testimonio de la vida cultural de entonces, lo que obliga a preguntarnos: ¿qué tan distinto es ese ámbito en nuestros días? ¿Dejaron de existir las mafias culturales?, ¿cómo operan ahora, si lo hacen?

Esta primera novela de RAF sobrevivió a los ataques, a los intentos por descalificarla y desaparecerla. Sólo un par de décadas después pudo circular sin contratiempos. Y sin ser la mejor de Avilés Fabila, mantiene el interés inicial que le dio en su momento enorme resonancia: el morbo, la curiosidad por saber cómo son nuestros intelectuales. *Los juegos* podría pertenecer con facilidad a la generación de escritores conocida como de “La Onda”, principalmente por su tono desenfadado, juguetón, irreverente, aunque sus objetivos son distintos de los de aquella, que tenía en los jóvenes citadinos de clase media a sus principales protagonistas.

1968 fue un año definitivo para la vida del país en más de un renglón. Se celebrarían los Juegos Olímpicos, pero antes se dio el llamado Movimiento Estudiantil que, más allá de eso, reclamaba reivindicaciones que concernían a más de un sector. La magnitud de las protestas que tenían puntos bien definidos, alcanzó niveles inimaginados incluso por protagonistas de ambos lados, y culminó con la matanza de estudiantes en la Plaza de

las Tres Culturas de Tlatelolco, convirtiéndose en uno de los hechos más bochornosos de la historia nacional. A la fecha, la bibliografía narrativa (y aun poética) sobre esos sucesos es abundante, pero merece especial atención la de Avilés Fabila por el simple hecho de que fue una de las primeras en aparecer y porque su autor estuvo muy cerca de los acontecimientos, incluida la masacre del 2 de octubre. En esos días la censura oficial operó de manera trituradora contra la prensa, sólo un par de medios se atrevió a contradecir los dichos oficiales, de modo que quienes estaban aguijoneados por decir la verdad debieron optar por otros canales, uno de ellos la novela. RAF escribió *El gran solitario de Palacio* en 1969 y la publicó en 1971 en Fabril Editores, de Argentina.

El autor da por hecho que el presidente de México es uno y el mismo, sólo que cada sexenio es sometido a un cambio físico, gestual, de pareja, lo cual implica la existencia de una impresionante maquinaria para sostenerlo a él y al sistema en total e inamovible vigencia. Y claro, es el omnipotente, quien hace y deshace los destinos del país, de su gente. No hay nada que atente contra su poder, ninguna instancia terrenal es capaz de modificar sus decisiones. Esta vez enfrenta la “rebelión” del comunismo internacional y otros males encarnados en los estudiantes universitarios, y recordando viejas tácticas, antiguas actuaciones, da la orden para que luego de algunos intentos de someterlos mediante cierto diálogo hacerlo con la fuerza desmedida, precisamente en la Plaza de la Cultura, no fuera a ser que perturbaran el orden de la inminente Semana Deportiva. Miles de estudiantes y gente del pueblo son asesinados en esa ratonera, otros cientos son hechos prisioneros o simplemente desaparecen. Se les mató aun en los hospitales, en sus casas, en áreas distintas, y al día siguiente la prensa dio noticias de “algunos disturbios” que fueron sofocados por la Alta Autoridad.



René Avilés Fabila

Se trata, por supuesto, de una puesta en escena al mismo tiempo fársica y trágica de los sucesos ocurridos en la realidad. RAF apenas pudo cambiar el nombre de los personajes y de los lugares que intervienen en ellos, pero es evidente que el lector reconoce a cada cual. Es, también, una de las críticas más severas en contra del régimen y de las instituciones que se ha hecho desde la literatura, y sobresale, además del valor del escritor, exponerla mediante la tragicomedia, es decir recurrir a la parodia y a la sátira para poner sobre la mesa literaria hechos de suyo dolorosos. Tan sólo eso valdría para considerar *El gran solitario de Palacio* una novela insigne de nuestro panorama, mas si reconocemos sus méritos artísticos aquel valor se redobra: no se trata de un panfleto lloriqueante, sino de un testimonio vivo, bien sostenido estéticamente y por ello eficaz. Sin ninguna duda, quedará entre los mejores libros de su especie para quienes quieran acercarse al escabroso asunto del 68.

En su siguiente novela, *Tantadel*, Avilés Fabila deja de lado lo fársico en favor de asuntos más íntimos, en los cuales predomina la melancolía. Es una historia de amor-desamor entre jóvenes capitalinos, y resulta curioso el entramado, porque la protagonista que da nombre al título se involucra con quien narra, instalado en una mentira arrolladora: le hace creer a ella que es casado y que está enamorado de su esposa, quien en esos días vive en el extranjero. Y pese a todo ese juego de verdades a medias se da un acercamiento que es por momentos de lo más placentero y en otros, quizá los más, profundamente doloroso. El personaje narrador vive atenazado por los celos, por los fantasmas de los amantes que Tantadel tuvo antes y de otros posibles, y sin embargo es incapaz de sobreponerse, antes bien parece obstinado en deshacer paso a paso, golpe a golpe, esa relación que tiene visos de enfermedad. Al final, lo que puede rescatarlo de ese abismo es su juventud y la fe en el arte.

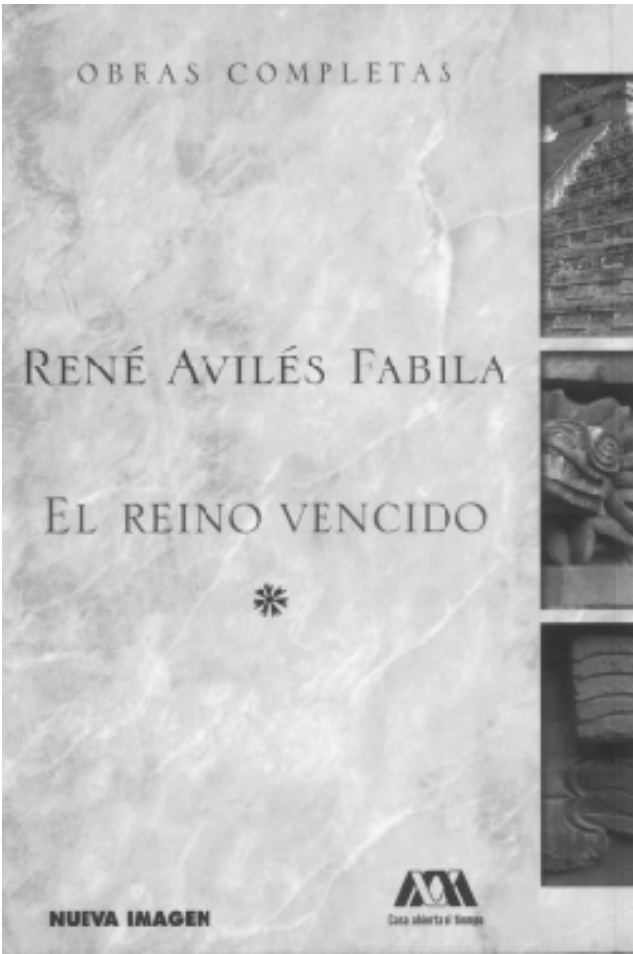
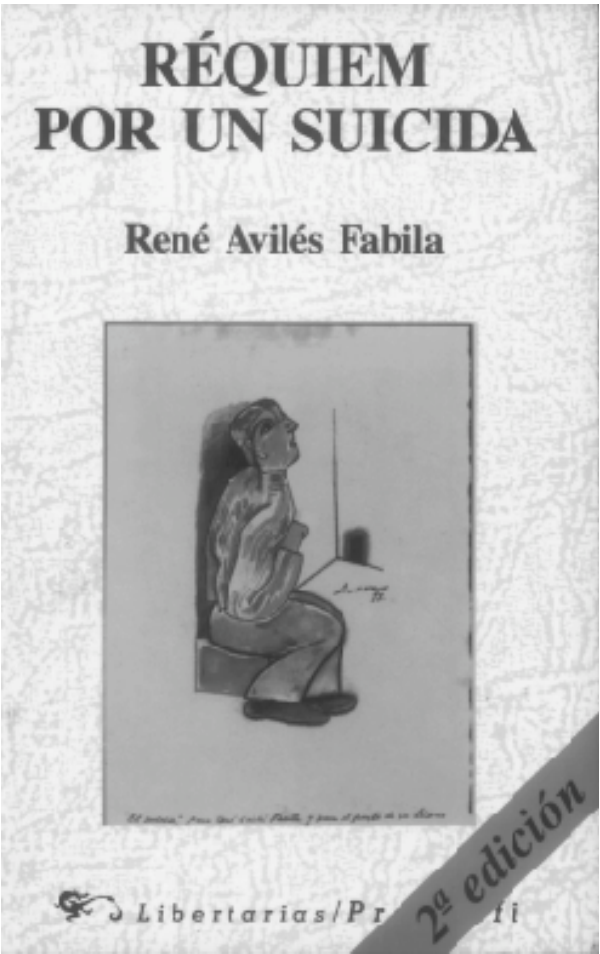
En medio de esa historia de amor catastrófica recorreremos las calles de la Ciudad de México, los ambientes frecuentados por cierta intelectualidad, lo que hace posible la abundancia de referencias literarias, musicales, pictóricas, cinematográficas que tienen como objetivo adentrarnos en el espíritu de los protagonistas y su mundo. En otro ámbito su relación sería imposible, porque es precisamente la sensibilidad de cada cual la que parece predisponerlos a enfrentar la separación de los amantes incluso mucho antes de conocerse.

En *La canción de Odette* nos volvemos a encontrar con personajes muy parecidos a los de *Tantadel*, es decir gente ilustrada en busca de asideros en medio de la angustiosa mediocridad cotidiana. Esta vez el punto de reunión es la mansión de una mujer extraordinaria que suele ocultarse en el día y abrir por las noches su casa prácticamente a quien quiera asistir dispuesto a entablar feroces o lúdicas discusiones sobre el arte y la vida. La dama en

cuestión es en verdad enigmática, vive su proceso de envejecimiento como un pesado lastre y encuentra en la juventud de sus visitantes el vínculo exacto con la vida que desea y que se le está escapando de forma irremisible. Por su parte, quien cuenta la historia es un hombre joven, escritor, que llega a ser de los preferidos de Odette, e incluso amante ocasional. Desde la perspectiva de éste es posible atisbar en los conflictos que ella enfrenta, como la ya apuntada crisis debida a la pérdida de la juventud pero también en el involucramiento con el alcohol, las drogas y sobre todo la soledad. Pese a estar rodeada casi siempre por una multitud de oportunistas, de auténticas sanguijuelas, Odette se sabe sola y actúa al final para deshacerse de todos sus demonios con el arma infalible de la muerte. Es ésta, precisamente, la que dispara la narración.

Aunque en las dos novelas mencionadas al último se impone la sordidez del desencuentro amoroso, la fractura interior de los personajes, los celos, la soledad y la decrepitud, el autor no puede evadir del todo el tono jugueteón de sus obras iniciales, y es acaso esa mezcla bien lograda de lágrimas y risas, de poder hacer bromas aun en los momentos más tétricos lo que las salva de caer en el melodrama total. Es un estupendo equilibrio que parece señalar, una vez más, que en medio de la catástrofe sólo el arte y el humor se ofrecen como asideros. Pese a ello, Tantadel y Odette son mujeres que sacuden y permanecen en la memoria de quien las conoce a través de los libros de René, su aura de infelicidad se sobrepone al halo lúdico con que el novelista se empeña en rodearlas; mas es preciso apuntar que el humor y el sarcasmo sirven para que los narradores sigan asidos con firmeza a este mundo.

Si *Tantadel* y *La canción de Odette* nos llevan al conocimiento de desgarraduras conmovedoras, la cuarta novela de René Avilés Fabila es un claro himno a la muerte, y se anuncia desde el título: *Réquiem por un suicida*. El protagonista es Gustavo Treviño, escritor que fue guerrillero, vive de lo mejor, viaja con frecuencia, es celebrado por su obra literaria y periodística, tiene éxito notable con las mujeres; es decir, es el tipo de quien quizá menos podría pensarse que vive con la idea permanente del suicidio. Pese a su éxito en varios sentidos, se vuelve un obseso de todo lo concerniente al suicidio: recopila notas periodísticas al respecto, consulta la bibliografía más copiosa, se sabe de memoria la vida y muerte de suicidas famosos o no tanto, y en su vida diaria casi todo está relacionado con el asunto. Diría, de entada, que hasta ahora es la novela más reflexiva de Avilés Fabila por cuanto puede considerarse un serio tratado de la escabrosa dualidad vida-muerte, tan peligroso por tan común y por haber sido planteado con inusitada frecuencia por los pensadores más lúcidos de la historia del arte, la ciencia y la filosofía. Se plantea, de entrada, si el suicidio es una determinación que debe tomar quien lo



ejecuta sin la alteración de la vida de los demás; si es una canallada o el máximo alarde de la cobardía y la estupidez: ¿quien se suicida tiene derecho a hacerlo, sin pensar que de muchos modos involucra a tanta gente en su decisión? ¿Es el suicidio el epílogo más digno de la vida, como quiera que ésta haya sido?

En medio de las acciones de Gustavo Treviño, que van como se dijo del frente guerrillero a los juegos de alcoba más audaces y sorprendentes, asistimos a interminables diálogos (incluso por correspondencia) en torno al tema, y sin transición vemos cómo el personaje va de aquí para allá, enredándose con distintas mujeres en una prodigiosa caravana donde el arte y la fiesta parecieran desmentir su propósito de acabar con su propia vida. Uno piensa que un desahuciado, un ser atormentado y dejado de la mano de Dios tendría todo el derecho a hacer de su existencia lo que mejor le conviniese, lo que le diera la gana, pero, ¿también alguien tan exitoso y tan amado, que tiene casi todo al alcance de la mano? Es ésta precisamente la estrategia que el autor echa andar en *Réquiem...*, la que sostiene todo el andamiaje en el cual entran en conflicto tanto los personajes como los lectores: no cabe duda que mientras uno sigue las acciones y disquisiciones de Treviño calibra su propia vida y se pregunta si alguna vez valdría la pena descerrajarse un tiro e irse con su música a otra parte.

Réquiem por un suicida es, a fin de cuentas, un alegato en favor de la felicidad, de la vida, aunque su sostén dramático encrespe y obligue al titubeo, a los traspiés, a considerar el autoaniquilamiento como una forma nada descabellada de correr el telón definitivo. Es, por otra parte, una obra técnicamente muy bien elaborada, que contiene los a estas alturas típicos narrativos del autor pero dosificados para no romper la delgada línea que separa la felicidad de la desdicha, la vida de la muerte. Y es ese supenso, tal incertidumbre, el detonador de todas las inquietudes de los protagonistas y de quien los conoce.

El reino vencido, sexta novela de RAF, me parece lo mejor de su producción en ese rubro. Como señalé, desde su trabajo inicial, *Los juegos*, el autor apostó por ir en contra de lo establecido por el canon de los autores nacionales, encontrando, como lo hicieron José Agustín y Gustavo Sainz, muchas de sus mejores herramientas en la irreverencia y en el humor. Pero no sólo eso, ya se vio que pese al tono juguetón se mostraron en sus libros cuestiones por demás serias. Y *El reino vencido* me parece lo más logrado de la novelística de René por la nada sencilla razón de que se respira madurez vivencial y estética. De nueva cuenta, es un escritor el encargado de contar el inmenso cúmulo de historias que conforma el libro. Emilio Medina Mendoza hace una suerte de recuento de los daños de los tiempos vividos. Se descubre

viejo, cansado, y en ese estado vuelve a los días de infancia, de juventud y de madurez y admite que la vida ha sido generosa con él, aunque, viéndolo bien, arrastra algunos lastres como la soledad, cierta incompreensión a su persona y la pérdida innumerable de amigos, familiares y amantes.

Emilio vivió en la floreciente Ciudad Jardín, del sur de la Ciudad de México, y desde ahí empezó a construir su universo dedicado a la literatura, al arte y a la disipación amorosa, al juego eterno, amparado no obstante por la voluntad de su madre y aguijoneado por el abandono del padre. Dije que es un recuento de los daños porque si bien advertimos que la suya ha sido una vida cómoda, complaciente, feliz, en numerosos pasajes ha sido acechada por la desazón y la amargura, por el desconsuelo y la fatiga en muchos órdenes. Si por una parte el personaje narrador rememora sus innumerables experiencias amorosas y sexuales (casado tres veces y divorciado un par de ellas), sus días felices como estudiante en París, la aparición afortunada de sus libros..., se entromete de pronto la muerte de su hermana, la ausencia del padre, la dispersión de los amigos, la mortandad de tanta gente conocida.

Simpatizante de las causas de la izquierda política nacional e internacional, involucrado en asuntos de esa naturaleza, llega a la conclusión de que la política es una eterna farsa, de que es connivencia de personajes rencorosos y vengativos, y en consecuencia se refugia en su propia literatura y en la persecución sin límites de mujeres adorables. Ciudad Jardín es un paraíso que crece con la modernidad mundial, a la cual México trata de incorporarse. Son los días de la urbanización a toda máquina de la ciudad, los años del *rock and roll*, del surgimiento de la televisión y de las drogas pesadas, cuando todo parecía anunciar la felicidad absoluta para

México y los mexicanos. Sin embargo, la torpeza de los mandatarios y la inocultable pusilanimidad de la mayoría de los gobernados, dieron al traste con el país, mediante la represión de estudiantes, de guerrilleros, y con el sofocamiento consecuente de las ideas progresistas que llevó a un caos del que aún no salimos en los días finales en los que ocurre la novela. Hay, en ésta, desencanto profundo, pero al mismo tiempo una especie de refugio benigno en la rememoración del paso de los años que han conducido hasta ahí.

Es una novela llena de anécdotas, de subhistorias que el narrador engarza correctamente para hacernos partícipes de su vida, sí, pero sobre todo de la del país y de la Ciudad de México. Enamorado de su ciudad, de su barrio, Emilio no puede ocultar su zozobra ante el crecimiento desmesurado y, principalmente, deshumanizado que ha padecido el DF en el último medio siglo. De ser un espacio habitable, amoroso, promotor, se ha convertido en una arena violenta, donde cada cual trata de treparse a los hombros del resto para conseguir propósitos individualistas. El resultado es una ciudad opresora, hiriente, una urbe prostituida y demencial. Y no obstante es el marco principal de cuanto se refiere en este pasmoso nudo de historias.

En *El reino vencido* RAF da cuenta del éxito progresivo y sólido del personaje principal, pero también del proceso de descomposición del barrio donde pasó la niñez, de la disgregación de quienes fueran sus amigos y de la manera en que el destino se ensañó con la mayoría. Desfilan por estas páginas riñas violentísimas, crímenes, incestos, infidelidades y traciones, aunque hay resquicios por donde puede colarse algún asomo de felicidad: el amor, el arte, la amistad. La novela es un canto al antiguo esplendor de la ciudad, desde los tiempos en que era la gran Tenochtitlan, aunque sobre



todo está presente la constancia de un deterioro que parece no tener fin y que de seguro habrá de llevarla al derrumbe final. ¿Qué hacer al respecto, si cada intento ha fracasado?, ¿qué nos espera?, ¿hacia dónde vamos?

El principal conductor de todos estos cuestionamientos es un novelista exitoso, a quien la vida le ha mostrado sus mejores facetas, y pese a ello, o tal vez debido a su peculiar sensibilidad y a su capacidad de mirar las cosas con alguna objetividad, sabe calibrar los desajustes físicos y espirituales de ese mundo y de quienes lo habitan. Hay momentos dolorosos, signados por la muerte de aquellos a quien se ama; por la desaparición de lazos de amistad que se creían imperecederos; por la traición y la infidelidad. Y sin embargo el mundo sigue y hay que estar en él.

René Avilés Fabila hace en esta novela una especie de *summum* de su obra, aparecen motivos temáticos que habíamos visto en sus novelas precedentes, como la guerrilla, la ineficacia gubernamental traducida en represión, y el amor y el arte como los únicos asideros posibles en medio del desastre. Abundan las referencias cultas, los guiños intertextuales y aun la reaparición de personajes conocidos (Sergio, por ejemplo, aparece en casi todas las novelas). Y todo para darnos una idea precisa, anteriormente aunque muchas veces desgarradora, del México que le tocó vivir y gozar y padecer al narrador, y si no me equivoco, sobre todo la parte final, es una de las mayores declaraciones de amor y de odio a la Ciudad de México que se han hecho en nuestra literatura.

En esta novela, RAF demuestra un oficio narrativo innegable, el dominio de las técnicas más adecuadas y solventes para sostener un andamiaje que sin duda se derrumbaría en manos menos hábiles. Es un libro técnicamente eficaz, que no obstante hace sentir la presencia conmovedora de lo humano; es decir, no es sólo un gran aparato estético, sino que va de la mano de dosis precisas de vida, de lo que hemos sido, de lo que somos individualmente y como nación. Así, otra vez se encuentran en el camino las enormes inquietudes de este escritor, aunque nunca como ahora habían sido expuestas con tanta rabia, con tanto amor, con tanta autenticidad. Uno lee *El reino vencido* y termina por aceptar que somos, en cuanto mexicanos, una especie propensa al infortunio, aunque hay siempre reductos para sobreponerse, sobre todo el amor y el arte. Insisto: esta novela es la suma de los resortes literarios y de la cadena de inquietudes temáticas del autor, dosificadas con precisión pese al cúmulo de historias y subhistorias.

Al leer el conjunto de las novelas de Avilés Fabila hallamos que cada libro forma parte de un todo, así sea que

puedan entenderse sin dificultades al hacerlo de manera autónoma. Es indiscutible que contienen dosis de autobiografía, es decir René delega en los distintos narradores sus propias experiencias. Él estudió en la UNAM e hizo un posgrado en la Sorbona; es escritor y enjundioso periodista; participó en el Partido Comunista; fue testigo de la matanza del 2 de octubre en Tlatelolco; vivió lejos de su padre, junto a su madre y a una hermana; su literatura ha tenido éxito y le ha granjeado numerosas enemistades; es profesor universitario; tiene fama de don Juan; etcétera. Y esas particularidades, como muchas otras, aparecen una y otra vez en sus novelas, es imposible no reconocerlas. Además, si se leen sus libros *Recordanzas* y *Nuevas recordanzas*, piezas abiertamente autobiográficas, tendremos noticias exactas de la vida del autor que se corresponden con las tramas de su novela. Aunque, claro, el autor se cuida de escamotear algunos datos, de magnificar otros, y esencialmente de redondear sus señas particulares con numerosos arrebatos de la imaginación. Así, en sus novelas se combinan la realidad y la fantasía, y entre ambas consiguen un aparato narrativo siempre interesante y novedoso pese a la persistencia de determinados elementos.

Algo que René hace con total libertad es la referencia de sus propios libros en otros, la mezcla de personajes de la vida real con otros embozados en nombres ficticios, la relación de hechos comprobables matizados por la imaginación. De ese modo, su literatura es de lo más vivo aun cuando se traten temas que parecen inverosímiles. En sus libros el desfile de mujeres que pasa por la cama de los narradores parece inacabable. ¿Debemos creerle todo al autor o dejar esa responsabilidad a sus personajes? En su novela más reciente, por ejemplo, se hace referencia al suicida de la novela anterior, y el narrador (que en algún momento se sabe personaje en manos de otro autor) confiesa haberse casado varias veces, cuando René ha mantenido, en la vida real, un sólido matrimonio con Rosario. Ahí se demuestra la habilidad del escritor para conjugar, sin ambages, ficción y realidad.

Desde *Los juegos* Avilés Fabila demuestra sus conocimientos de las técnicas literarias, escoge la estructura y la voz narrativa más adecuadas, aunque muestra absoluta preferencia por la primera persona del singular. Su prosa es pulcra, elegante, y tiende a lo concreto: no arriesga con términos o frases rimbombantes, con florituras poéticas y sabe qué símil aplicar en qué momento. De ese modo, el lector se encuentra con quien suele denominarse un narrador nato, el que no se anda por las ramas y prefiere la sabia virtud de llamar a las cosas por su nombre sin escamotear la esencia de lo que debe contarse. Y esa concreción y tal precisión narrativa siempre se agradecen: lo demuestra la fidelidad de sus cada día más numerosos lectores: saben que René no es de esos que ofrecen a cada rato gato por libro. ▮